

# La Pasión según Berenice: La Dialéctica del Fuego

Escrito por: Perla Schwartz



En su “Teogonía”, Hesíodo describe a Pandora con verbo contundente: “hermosa, virgen, impúdica y falsa, la mayor desgracia de los mortales.”

Diosas y tumbas: mitos femeninos en el cine de Hollywood

Núria Bou

## RESUMEN

Este artículo analiza el filme *La pasión según Berenice* (1975) de Jaime Humberto Hermosillo. Toma como elemento central la presencia del fuego que incide en el modo de conducirse de la protagonista, Berenice, mujer incendiaria por naturaleza. Para ello se utilizan diversas reflexiones del filósofo francés Gastón Bachelard vertidas en su ensayo *El psicoanálisis del fuego*. Asimismo, se deja entrever cómo “la aparente tranquilidad” de Aguascalientes, ciudad donde se desarrolla la acción, es artificiosa como la vida misma.

Palabras clave: *La pasión según Berenice*, mujer, fuego, Gastón Bachelard, Aguascalientes.

La supuesta rutina en calma, el sosiego sin mayores sobresaltos en Aguascalientes, una ciudad provincial, resulta ser tan sólo un disfraz, un encubrimiento ilusorio de lo que realmente ocurre y sucederá. Bien dice el refrán popular que “Las apariencias engañan”, que no todo es lo que parece; en este sentido, la realidad suele enmascararse en la más cruenta y disparatada de las ficciones.

Suele desembocar en una intrincada selva de los sueños, en una oscura cueva de la locura más delirante, o quizás en una isla secreta casi impenetrable y a la que muy pocos pueden acceder. Es así como en Aguascalientes—en su propio nombre está su condena—, bajo su tranquilidad, se cocinan torrentes de pasión, se van cocinando a fuego lento, torrentes que amenazan con estallar con fuerza poderosa en el momento más inesperado.

Sociedad que se maneja en una doble moral, sus usos y costumbres decretan que se deben de seguir cierto tipo de conductas honorables, pero dichos códigos son transgredidos, cuando alguien se lo propone, al sentir en exceso restringido su campo de acción.

Este es el marco donde se despliega la trama de *La pasión según Berenice* (1975), película de Jaime Humberto Hermosillo. Él es autor en el más amplio sentido de la palabra, él escribe directamente en su cine, él está presente tras cada una de sus imágenes en movimiento, aquí valdría la pena recordar la reflexión de André Bazin: “... puede decirse que el director escribe directamente en el cine (...) el cineasta ya no es sólo un competidor del pintor o el dramaturgo, sino que ha llegado a igualarse con el novelista.”[1]



Hermosillo es un cineasta que a lo largo de su filmografía se ha ocupado en plasmar las miserias y los aspectos más míseros de la condición humana, un cineasta que ha hablado en forma abierta de los seres marginales, los “outsiders”; de aquellos que se han apartado de las reglas establecidas en un afán de conquistar la libertad. La pasión según Berenice, una de sus mejores, no es la excepción.

Uno de los personajes vertebrales de este filme es el fuego. Apunta el filósofo francés Gastón Bachelard en su esclarecedor ensayo El psicoanálisis del fuego:

El fuego es un fenómeno privilegiado que puede explicarlo todo, si lo que cambia conlentitud se explica por la vida, lo que cambia rápidamente se explica por el fuego.Éste es lo ultraviviente. Es íntimo y universal. Vive en nuestro corazón. Vive en el cielo. Llega a lo más hondo de la materia y se entrega como un amor. Torna a descender en la materia y se oculta, latente, conteniendo al odio como a la venganza.[2]

Si seguimos a Bachelard, se puede afirmar que Berenice es una mujer ultraviviente, un ser que sabe penetrar en quiénes la rodean. Ella está habitada por el odio y el resentimiento, busca imponer su ley, cueste lo que cueste, no le importa incurrir en hechos violentos y devastadores. Mujer de edad madura, sabiamente reprime su deseo de destruir todo aquello que la circunda, de otro modo sabe que ella se auto inmolará.

Ella está frustrada por no poder desplegarse como una fiera indómita, como una especie de Pandora, y se mantiene en una actitud dual, es mansa y sumisa, pero es devoradora a un mismo tiempo. Su naturaleza es temeraria, logrará seducir a un hombre, hacerlo caer entre sus redes de femme fatale, para llevarlo posteriormente al derrumbe total.

Hermosillo sitúa su historia en su natal Aguascalientes, lugar donde las aguas hierven, aguas cuyas corrientes son mansas, pero al momento de estallar con potencia se transforman en depredadoras, calcinantes. En varios momentos, la cinta le hace guiños al cuento gótico Berenice (1835) del narrador norteamericano Edgar Allan Poe, cuento que reelabora elementos de la leyenda del Conde Drácula. La Berenice que presenta el realizador hidrocálido es también vampiresca.

Su vampirismo se emparenta con lo incendiario, lo cual conforme avanza el metraje se tornará mucho más evidente. Aunque casi al inicio, hay una secuencia, con poderosa fuerza estética, de un sueño de Berenice, donde el fuego todo lo corroe: “el realismo del fuego se cuenta entre los más indestructibles.”[3] El fuego aniquila lo que encuentra ante su paso, pero él mismo permanece inmune.

Berenice (Marta Navarro) es huérfana, no sólo de padre y madre, sino que de sus emociones, de su control y manejo equilibrado, está desgajada de sí misma. Sólo a través de sus sueños con el fuego tiene la posibilidad de encontrar cierta luz interna, siempre se salva del incendio, un brioso caballo blanco, tal vez metáfora de esa mínima pureza que ella alberga en su cartografía interior.

Ella es pirómana por naturaleza. Se encuentra obsesionada por la materia incandescente, con su poder de misterio, por su capacidad de turbiedad. Es hábil, se pone una máscara de bonhomía para ocultar su esencia perversa y destructora, es una especie de Rey Midas en femenino, si bien no convierte en oro lo que toca, sí lo trastoca en una espiral de desequilibrio.

A pesar de la cicatriz en su rostro, que se localiza en su pómulo izquierdo, ella no se avergüenza y hace caso omiso de las habladurías en torno a dicho estigma por la gente del pueblo, que la culpan de la muerte de Adolfo, su esposo, a quién piensa le dio muerte a través del fuego. Su cicatriz en el rostro la emparenta con otra mujer justiciera: la Otilia Rauda de Sergio Galindo, que trasladara al celuloide Dana Rotberg en el filme homónimo.



Berenice vive no del todo conforme con Josefina, su madrina (Emma Roldán), una anciana decrepita y enferma que permanece postrada la mayor parte del tiempo, sin

embargo sigue ejerciendo su oficio de usurera. Merca con el dinero, se impone ante el necesitado. El fuego se vuelve a presentar en el trabajo fílmico de Hermosillo con la representación de la avaricia, que como bien sabemos es uno de los siete pecados capitales.

También hay que destacar que entre madrina y ahijada subyace una relación de codependencia abrasadora, un nexo de víctima y victimario. El destino las hace permanecer juntas bajo un mismo techo, en momentos hasta parecieran ser hermanas siamesas, pero Berenice se siente inmersa en el caos de una sumisión no anhelada. Asfixiada por un cordón umbilical.

Con trazos contundentes muy propios del melodrama que va desplegando, el director maneja como marionetas a sus personajes. Berenice en sus lapsos de libertad trabaja como maestra de taquimecanografía en una escuela comercial. Su vida cotidiana es gris, lineal, no existen mayores sorpresas o giros que la conduzcan a un viraje decisivo.

Su cotidianeidad es una pesada losa—en ocasiones insoportable—que carga sobre sus hombros. No obstante, continúa estoica, a pesar de sentirse sofocada por no poder vivir nuevas experiencias. Le resulta imposible rebasar su status de estatismo, aún y cuando su ser interno está en ebullición.

Las palabras de Anaïs Nin, se adecuan a su caudalosa corriente de sentires: “Todos mis momentos de pasión y violencia nacen de la pasión, los desiertos que le siguieron no me interesan.”[4]

En forma repentina, como suele suceder con los abruptos giros del azar, siempre impredecible, todo cambia cuando Rodrigo regresa a Aguascalientes. Él es hijo del médico que ha atendido a su madrina y ahora regresa para el funeral de su padre. En ese momento, se abre la posibilidad de que Berenice viva una pasión intensa, ígnea, que es su opción para gravitar en la dialéctica del fuego.

Ella desconoce hacia dónde irá a llegar, tan sólo sabe que sus sentimientos soterrados han de poder emerger y su corazón estallará en miles de luces que surgirá esa apoteosis largamente postergada.



En *La pasión según Berenice*, Hermsillo ofrece una mujer cinematográfica, compleja, configurada por varios matices, una mujer “pandórica”, que es capaz de llevar sus acciones hasta los límites de lo innombrable, una mujer capaz de posesionarse de su entorno y de quienes le rodean. Una mujer-monstruo, una mujer vampírica que no se apiada de nada ni de nadie.

Mujer cinematográfica que únicamente se limita a seguir el derrotero de sus deseos, esos que ya no puede permitir que continúen en un estado petrificado. Es una especie de “mujer araña”, capaz de enredar a todos entre sus tentáculos a través de un tejido de hilos sutiles, un tejido que es un telar propicio para la catástrofe.

La esencia íntima de Berenice coincide con los versos de la poeta suicida Sylvia Plath, formulados para su obra teatral *Tres mujeres*:

Y yo, reverberando como una concha sobre esta playa blanca/ me enfrento a las voces que me abruman, al terrible elemento / No hay milagro más cruel que éste. / me siento adiestrada por caballos, por cascos de hierro. / Sobrevivo. Me sobrevivo. Llevo a cabo una labor/ túnel sombrío por el que transitan las apariciones/ Las visiones, las manifestaciones, los rostros sorprendidos. /Soy el cerebro de una atrocidad.”[5]



En efecto, Berenice es “el cerebro de una atrocidad”, es calculadora, su mente es simétrica, sabe cómo dañar. Es un volcán que se halla en erupción constante. Al estar entre los brazos viriles de Rodrigo renacerá como una fémmina seductora e implacable. A pesar de que se conduce de un modo extraño, sabe como atraer porque: “el fuego es un fenómeno objetivo de una cólera íntima, de una mano que enerva.”[6]

En forma paralela, Berenice finge una abnegación que no siente hacia Josefina, su madrina, en forma paciente es su guardiana. La suele acompañar semanalmente al cine y luego van a merendar, pero no la soporta, le cuesta trabajo tolerarla, sabe que es una cuota que debe pagar para seguir sobreviviendo. Ser tolerante es una herramienta que ella utiliza para no estar a la deriva.

Uno de los momentos climáticos de La pasión según Berenice se desarrolla en una de sus monótonas salidas dominicales, cuando surge un encuentro fortuito con Rodrigo en la sala de cine. Ambos entrecruzan una mirada cómplice, cuando el hombre se acerca a saludarla a ella y a su tía.



La secuencia se despliega en un tiempo lento, minimalista. La mano de la ígnea Berenice se posa en el pantalón de Rodrigo y ello será suficiente para que surjan en su mente una cascada de ensoñaciones eróticas, tan pronto él regrese a su butaca.

Aquí valdría la pena recordar lo escrito por José Revueltas en El conocimiento cinematográfico y sus problemas:

Del mismo modo que el cuerpo humano solo es para Rodin un todo mientras que una acción común (interior o exterior) mantiene en movimiento todos sus miembros y todas sus fuerzas, así también para él se ordenan en un organismo, por sí mismas, las partes de cuerpos diferentes que se adhieren las unas a las otras por una íntima necesidad. Una mano que se posa sobre la espalda o el muslo de otro cuerpo no pertenece ya a aquel de que (...) proviene; ella y el objeto que toca o agarra forman juntos una nueva cosa.[7]

El haber rozado la rodilla de Rodrigo es para Berenice el despertar de su sexualidad, una íntima necesidad que se despliega, el comenzar a formar “una nueva cosa” como apunta Revueltas. Por un instante se liberará de un confinamiento, desplegará el fuego que mantenía en un estado de sombra, sabe que tiene la opción de reinventarse a sí misma.

De nueva cuenta, Bachelard: “La vida latente no es más que calor confuso. El fuego vital constituye el fundamento de la noción del fuego secreto, del fuego invisible, del fuego sin llama.”[8] La vida latente de Berenice estalla con gran ímpetu, quiere avasallar, quiere ser recorrida por el fuego de la pasión, que la llama se instaure a lo largo y lo ancho de su cuerpo, como una redención.

En un principio, usa una maña: el mostrarse renuente, pero al poco tiempo sí acepta una cita con Rodrigo. Él se presenta como un hombre libre de ataduras, que gusta de viajar para experimentar la plenitud de la aventura, un hombre que también ama su entorno social. Una primer salida y entre ambos se finca el pacto de un romance, que será efímero, temporal.





Un fuego latente subyace entre ambos. Un fuego que se desatará con plenitud en una noche inesperada, en que juntos van al Hotel La Jolla, sin importarles que la madrina esté sola, aunque previamente Berenice la ha empastillado para que no se percate de su ausencia, en su afán de desligarse de ella.

El cineasta nos muestra a Berenice como una mujer sensual, una hembra capaz de dejarse consumir por el fuego de Eros. En un medio plano, captado por la lente de Rosalío Solano, vemos a Berenice y Rodrigo regodeándose a partir del roce de la desnudez de sus cuerpos salpicados por el agua de la regadera.

En contacto, en su intimidad privada, ambos se transforman en cómplices temporarios, porque el agua: "es un elemento acuñador. Es un rasgo del carácter femenino: acuna como una madre (...) el agua nos lleva, nos acuna, nos adormece. El agua nos devuelve a nuestra madre." [9]

Cuando Berenice tras su noche de lujuria regresa a casa se contempla feliz ante el espejo. Momentáneamente siente que ya tiene para razón para seguir viviendo, pero maquiavélica ha de seguir con sus planes siniestros. Poco le importará faltar a su trabajo magisterial, ella que ha sido tan responsable.

Le dedicará el mayor tiempo que pueda a Rodrigo, el hombre que le ha permitido reencontrarse con su ser mujeril. El hombre que le ha provocado una pasión incendiaria, inscrita en las aristas asimétricas de una rutina, que de otro modo ya le resultaría no

llevadera. Poco le importa que él se encuentre comprometido para casarse con otra mujer.

Ella se reafirma como esa capitana capaz de manejar sus días y sus horas a su antojo. En algún momento, le dice a su objeto amoroso: “Me recuerde la conciencia de haber faltado a la academia, a ver si no se entera mi madrina.”[10] Palabras para autojustificarse, pero está plena de vivir un momento intenso, a pesar de su fugacidad, ese picnic improvisado que la colma de una gran alegría. Berenice se permite gravitar a sus anchas en la desmesura de la dialéctica del fuego: “Las puntas del espíritu son mucho más sensibles en el sexo femenino.”[11]

Pero lo que empieza, termina y suele suceder en un instante abrupto, que coarta todo aquello que ha sido construido. Una noche, Berenice acompaña a Rodrigo a la estación ferroviaria. El tren se atrasa y ambos tienen una nueva oportunidad de pasar juntos la noche, subrepticamente en casa de la madrina. Noche de pasión ígnea; Rodrigo le dice a Berenice que su madrina sólo sobrevivirá por unas horas más, que está en un estado de gravedad irreversible. La mujer se muestra incrédula. Cuando Rodrigo se va, entrada la mañana, ella lo maldice y se decide a efectuar su acto libertario.

Se viste de blanco como si se tratara de un ángel, aunque es el ángel de la muerte, cubre cuidadosa a su madrina con sus numerosos pagarés. La rocía de gasolina. Acto seguido, le prende fuego. Es impostergable el poder deshacerse de su carcelera, de un alguien que la mantiene paralizada.



Y ella se va, en tanto la casa-prisión se incendia, se destruye, como ella misma se siente. Su porvenir es incierto: "Un incendio determina a un incendiario fatalmente. Un incendiario provoca un incendio. El fuego se empolla en un alma con más seguridad que bajo la ceniza. El incendiario es de los criminales, el más certero." [12]

Berenice es artera y huye, sin precisar las coordenadas de su derrotero.

## Conclusión

La pasión según Berenice de Jaime Humberto Hermosillo entrega el retrato intrincado de un personaje femenino que tiene la esencia de una Pandora moderna, una Dama de Fuego contradictoria, que está en la búsqueda de convertirse en emperatriz de sus deseos. Cabe preguntarse: ¿En qué medida se cumplirá un designio? En forma hábil, el cineasta nos deja dicha pregunta abierta, como el fuego que se expande con intensidad, sin delimitar sus formas.

## CITAS

[1] André Bazin, ¿Qué es el cine?, Madrid, Rialp, 2001, pág. 100.

[2] Gastón Bachelard, El psicoanálisis del fuego, Madrid, Alianza Editorial, 1966, pág. 21.

[3] *Ibid.*, pág. 125.

[4] Anaïs Nin, en Rosario Ferré, Sitio a Eros, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1986, pág. 13.

[5] Sylvia Plath, en Rosario Ferré, op. cit., pág. 119.

[6] Gastón Bachelard, op. cit., pág. 68.

[7] José Revueltas, El conocimiento cinematográfico y sus problemas, Ciudad de México, Ediciones Era, 1981.

[8] Gastón Bachelard, op. cit., pág. 141.

[9] Gastón Bachelard, El agua y los sueños. Ensayos sobre la imaginación de la materia, Ciudad de México, FCE, 1978, págs. 199 y 200.

[10] Jaime Humberto Hermosillo, La pasión según Berenice (guión), Ciudad de México, Katún, 1981.

[11] Gastón Bachelard, op. cit., 1966, pág. 53.

[12] Ibíd., pág. 33.

## BIBLIOGRAFÍA

BACHELARD, Gastón, El psicoanálisis del fuego, Madrid, Alianza Editorial, 1966.

\_\_\_\_\_, El agua y los sueños. Ensayos sobre la imaginación de la materia, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

BAZIN, André, ¿Qué es el cine?, Madrid, Rialp, 2001.

FERRÉ, Rosario, Sitio a Eros, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1986.

HERMOSILLO, Jaime Humberto, La pasión según Berenice, Ciudad de México, Katún, 1981.

#### FILMOGRAFÍA

HERMOSILLO, Jaime Humberto, La pasión según Berenice, México, 1975, 99 min.